

Buenos Aires, 6 de diciembre de 1962.

Mi querido D. Manuel: Comprendo muy bien su indignación y la justifico plenamente con la mía propia ante el desgraciado curso que han tomado las gestiones para poner en marcha el proyecto de la película sobre su novela, gestiones que pese a nuestros empeñosos esfuerzos (los de L. Murúa y los míos), no han podido concretarse lamentablemente hasta ahora, no desde luego, como se imaginará, por desaprensión o desidia nuestra, sino a causa de las malhadadas dificultades económicas que se han abatido sobre este país poniéndolo al borde del colapso, y acerca del cual lo considero informado por las agencias de noticias.

Lo que de seguro no podrá imaginar Vd. es lo mortificado que me siento, en mi carácter de intermediario oficioso, por haberlo embarcado en este asunto con toda su secuela de rabietas y contrariedades. Si algún atenuante tengo a mi favor es la admiración que desde siempre he sentido por su novela y el enorme deseo que indeclinablemente abrigo de ver plasmada su historia en las imágenes de un film, así como el de intervenir en la elaboración del material fílmico, pues considero que se puede extraer de su novela, bajo la dirección de un hombre capacitado como Lautaro (también enamorado de ella y probablemente el único que podría por muchas razones, obvias para Vd., lograr el máximo nivel técnico y estético en la realización), un film capital de nuestra cinematografía. Le ruego, D. Manuel, que desde este ángulo de comprensión sepa a su vez justificar o, cuando menos, explicarse nuestra posición. En cuanto a mí, le debo sin embargo explicaciones más concretas, pues mi responsabilidad, como ya la dije más de una vez, es doble en mi condición de amigo entrañable y colega suyo. Las primeras son de orden material; he trabajado más de dos meses en el "script" sin más remuneración que la esperanza de que la película se hiciera, esperanza de la que, a pesar de las dificultades, no me he dado por vencido. En Chile, Lautaro Murúa se costó de su peculio dos viajes a Chile para establecer los contactos y poner a punto la parte chilena en el mecanismo de la coproducción, al mismo tiempo de librar batalla aquí para conseguir la producción que, de acuerdo con nuestro sistema (tan bien definido y calificado por Vd.) de créditos, retaceos a lo mercachifle y dificultades de todo calibre, es una empresa capaz de ablandar la voluntad mejor templada.

Recordará que en mi penúltima carta (que le escribí creo en los primeros días de setiembre) le daba noticias de que el guión había sido presentado al Instituto de Cinematografía, juntamente con la solicitud de crédito y la documentación correspondiente, y que el productor, el Sr. Vogelius, esperaba poder cumplir con los términos de la opción antes de su vencimiento, es decir, antes del 27 de noviembre último. Así las cosas, yo me desentendí de la parte material y me ceñí a lo mío, esto es, a seguir elaborando paciente y tercamente el libreto, entre las otras changas que debo hacer para sobrevivir (entre ellas, la de copiar expedientes de escribanía a tanto el folio y fabricar textos para publicidad, o cualquier otra cosa, lo que venga). Para colmo de males, caí en cama con una congestión bronquial que se me complicó con una angina a virus, las que me ataron al catre por casi tres semanas. Yo pensé que, entretanto, Vogelius o el propio Lautaro se habrían comunicado con Vd. para informarle de la marcha de las cosas y, en última instancia, enviarle su dinero, que era lo único que importaba, pues todo lo demás quedaba sujeto a ello. Pero Lautaro también se había ausentado a filmar al interior del país, de donde acaba de regresar. Cuál no sería mi estupor y mi espanto cuando al llamarle por teléfono para preguntarle cómo andaban las cosas, al filo del vencimiento del plazo de su opción, me enteré de que debido a quebrantos económico-financieros y especialmente por el pánico que se ha apoderado de nuestros capitalistas ante la inminencia del crac, Vogelius se había "abierto" de la producción; es decir, había desertado lisa y llanamente, dejándonos en la estacada. En tal emergencia, el propio Lautaro se había puesto nuevamente en campaña para encontrar un sustituo-



to de Vogelius, que se hiciera cargo de la producción y de la continuación de los trámites. Las mismas circunstancias que habían desplazado a Vogelius hacían extremadamente difícil encontrar un capitalista en mejores condiciones que el nombrado (las suyas eran óptimas). Lautaro me informa que ha encontrado en principio uno (el mismo productor de la película en la que L. interviene como primera figura), pero que sólo estaría en condiciones de planear la producción de "Hijo de ladrón", a partir de abril pxmo. Pero aún en este extremo, la situación es que deberían comenzarse de nuevo todas las gestiones desde el principio, pues la solicitud de crédito de Vogelius ha quedado sin efecto al retirarse los avales de la misma. Esta es, en síntesis, la descorazonadora situación, según los informes de Lautaro. Yo me tomo la libertad de anticipársela, pues le debo incluso esta aclaración de mi parte, quedando bien entendido que el propio Lautaro ha de comunicarse con Vd. para transmitirle en detalle lo que haya logrado.

Esto, desde luego, no implica a mi juicio la prolongación, ni siquiera verbal, de su opción a cuyo vencimiento Vd. ha quedado en plena libertad de acción, sino la mención de los desesperados pataleos realizados por L. para concretar algo en firme, a pesar del contraste sufrido y de todas las dificultades, y seguir adelante con los faroles contra viento y marea.

Recordará también, D. Manuel, que en esa misma carta yo deslindaba expresamente mi responsabilidad en la esfera de la producción, del cual me hallaba ajeno por completo, e incluso le recomendaba que se atuviera estricta e inflexiblemente a los términos de la opción, es decir que no aceptara ninguna nueva demora o reajuste tanto en el aspecto monetario como en los plazos, sobre todo teniendo en cuenta que había otros interesados, entre ellos el propio Barbachano, de México. Celoso de sus derechos y consciente de lo vidriosos e inciertos que resultan los planteos de la industria cinematográfica, especialmente en nuestro medio, ya en otra anterior me había permitido sugerirle también, confidencialmente, aun yendo contra mis propios intereses de eventual guionista, que si la propuesta mexicana superara los niveles de la argentina la aceptara sin más desechando la nuestra, pasando por alto todo lo hecho de nuestra parte. Creo, pues, dentro de los limitados alcances que siempre tuvo mi intervención en este asunto, haber cumplido ante Vd. con un deber de conciencia como colega y amigo, informándole pormenorizadamente de la marcha de las gestiones y previniéndole de los riesgos que por desgracia nos acechan y acogotan a los autores, sin que nada podamos hacer, a veces, por inclinar la balanza a nuestro favor, salvo para que la aguja del fiel se nos meta en un ojo. Esto no quita sino aumenta la gran tristeza que siento por su justa indignación, para la que realmente no encuentro paliativos, y quizás por la desaparición definitiva de las posibilidades (aunque todavía aliento alguna esperanza) de que se haga "Hijo de ladrón" sobre mi versión para el film. Cuando reciba carta de Lautaro con los últimos informes que él ha de rendirle sobre los puntos relativos a la producción, Vd. quedará en libertad de autorizarle -si no se han concretado propuestas más inmediatas y sólidas- a proseguir las gestiones ya sin ninguna clase de obligación de su parte, salvo que por una de esas combinaciones imprevistas pero posibles, se le pueda enviar su dinero sin más requilorios, pues ya lo supongo escamado por tanto jarabe de pico, como dicen en mi tierra.

Pidiéndole una vez más, sinceramente, su disculpa, en la seguridad de ser bien comprendido con relación a los puntos que me conciernen y a mi absoluta resolución de posiciones con respecto a los cuales soy ajeno, le envío un fraternal abrazo con el invariable afecto de su amigo,

*Manuel Rojas*